



Los patronos de Juventud y Familia Misionera

San Pablo

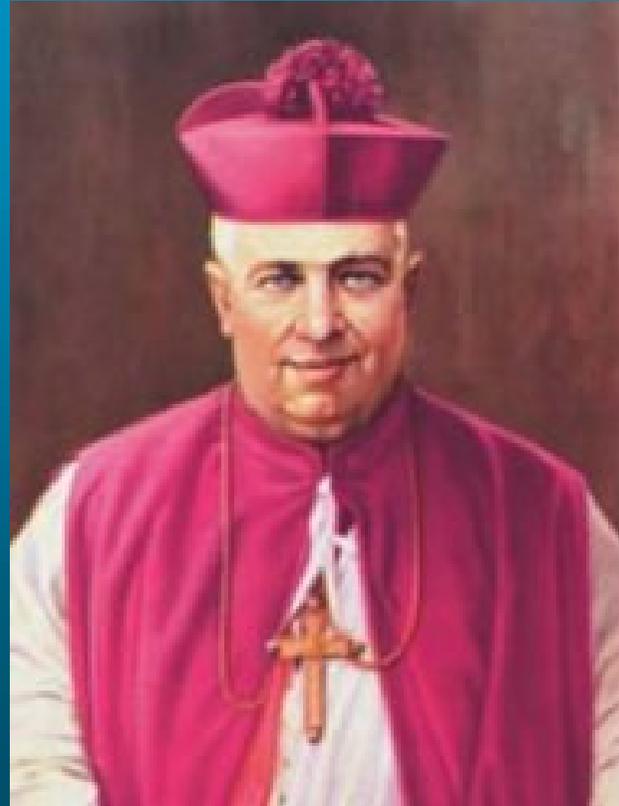
Y

El Beato Monseñor Rafael Guízar y Valencia

©COPY RIGHT

Todos los derechos reservados
Centro de Promoción Integral, A.C.
www.demisiones.com

Beato Monseñor Rafael Guízar y Valencia



Mons. Rafael Guízar y Valencia: su vida

- Nació en Cotija, Michoacán, en la diócesis de Zamora, el 26 de abril de 1878.
- Fue el quinto de diez hermanos.
- Sus cristianos padres, que formaban una de las familias pudientes de la localidad, eran Don Prudencio Guízar González y Doña Natividad Valencia de Guízar, que brindaron a sus hijos, además de una sólida educación, un clarísimo testimonio de vida cristiana.
- Estudió en su tierra natal las primeras letras. A los 9 años de edad, perdió a su madre, y así empezó el dolor a fraguar el ánimo de quien sería más tarde, un verdadero padre para tantos huérfanos espirituales.

Mons. Rafael Guízar y Valencia: su vida

- El año de 1890, Rafael inició sus estudios en el colegio de San Estanislao, regentado por los padres jesuitas. Allí empezó a destacar la personalidad del que llegaría a ser un notable hombre de acción. Aunque a pesar de que sólo contaba con 12 años de edad, ya tenía una buena disposición al amor de Dios, en grado heroico, una pureza de costumbres a toda prueba; fruto, sin duda, de su esmerada educación materna, y una notable reciedumbre de carácter, digna de su padre y de su ambiente michoacano, de donde surgió la magnífica planta de su vocación sacerdotal, que pronto habría de transformarse en un robusto árbol de santidad y celo por la salvación de los hombres.
- En 1891, Rafael inició sus estudios eclesiásticos en el seminario auxiliar de Cotija. Los interrumpió durante un año para dedicarse a las labores del campo y los continuó con más decisión en el seminario de Zamora para coronarlos con la ordenación sacerdotal en la catedral de Zamora, el 1º de junio de 1901.

Mons. Rafael Guízar y Valencia: sacerdote y misionero

- Pronto fue nombrado misionero apostólico por su Santidad León XIII. En 1913, a pesar de su nombramiento como canónigo de la catedral de Zamora, lo encontramos misionando entre los soldados, en la ciudad de México, Puebla y Morelos.
- Pronto se inició la persecución contra el clero católico y el P. Guízar tuvo que salir desterrado a Estados Unidos, Guatemala y la isla de Cuba. En todas partes dejó una estela de admiración, por sus virtudes nada comunes y por su inquebrantable celo apostólico. Mons. Enrique Pérez Serrantes, obispo de Camagüey, en Cuba, decía: “La gloria de Dios lo absorbía todo entero; a la salvación de las almas, dedicaba todo el tiempo disponible. Con el ejemplo y con la palabra, iba encendiendo en estos amores a quienes encontraba a su paso”.

Mons. Rafael Guízar y Valencia: Obispo

- En agosto de 1919, fue elegido Obispo de Veracruz, por el Papa Benedicto XV. El 30 de noviembre del mismo año, recibió en la Habana, Cuba, la consagración episcopal; llegando a Veracruz el 3 de enero de 1920.
- Su labor pastoral fue obstaculizada por el ambiente anticlerical del gobierno oficial; a pesar de ello, no solamente atendió espiritual y materialmente a los damnificados de un reciente terremoto ocurrido en su diócesis, sino que también reconstruyó el seminario estableciéndolo en Xalapa, para trasladarlo después a la ciudad de México, cuando las tropas sectarias se apoderaron de los inmuebles de la Iglesia.
- Al estallar nuevamente la persecución, bajo el gobierno del presidente Plutarco Elías Calles, por segunda vez, fue obligado a salir de su diócesis; pasó de los Estados Unidos a Cuba, Guatemala y Colombia, y regresó al país en 1929.

Mons. Rafael Guízar y Valencia: Obispo

- Al iniciar su visita pastoral a la diócesis, tan duramente probada, el gobernador de Veracruz, Don Adalberto Tejeda, con su intransigencia y espíritu jacobino, pretendió, de hecho, convertir toda la diócesis en un departamento religioso de su gobierno. Mons. Guízar no podía transigir con aquellas ingerencias del poder civil. Los cultos se volvieron a suspender y el pastor volvió a salir desterrado de su diócesis, por tercera vez, para dirigirla, en medio de mil penalidades, desde la ciudad de México.
- Durante seis años, el anciano pastor sufrió calladamente la repulsa de propios y extraños, por defender, ante los hombres y ante la Iglesia, la dignidad humana pisoteada, y los derechos de las conciencias vilmente escarnecidos por los poderes civiles. Siempre veló por esas conciencias. De su seminario salieron los hombres que atendieron las urgentes necesidades de su diócesis.

Mons. Rafael Guízar y Valencia: su muerte y su legado

- Quiso la divina providencia que aquel nuevo “Atanasio”, regresara en las postrimerías de su vida, en medio de sus feligreses para cerrar con broche de amor, la profunda entrega que caracterizó toda su vida.
- Muy enfermo, organizó nuevas misiones hasta que la muerte lo detuvo en la ciudad de México, el 6 de junio de 1938. Su cadáver fue trasladado a Xalapa, Veracruz, donde se le dio sepultura.
- El 28 de mayo de 1950 se procedió a exhumar su cadáver que fue encontrado incorrupto. Fue re inhumado en la catedral de Xalapa, Veracruz, en espera del juicio de nuestra madre la Iglesia católica, sobre la heroicidad de sus virtudes.
- Mons. Guízar y Valencia fue beatificado en Roma por Su Santidad Juan Pablo II, el 29 de enero de 1995 y será canonizado por el Papa Benedicto XVI el 15 de octubre de 2006.

Mons. Rafael Guízar y Valencia: su testimonio

- Al Obispo Mons. Rafael Guízar, siempre entusiasta misionero, será recordado por sus fieles, por su profunda devoción al Sagrado Corazón y por su promoción de la Comunión en los Viernes Primeros.
- Su predicación era sencilla, llena de unción y convincente. Consciente del valor de una sola alma, predicaba con el mismo entusiasmo en ciudades grandes que en pueblos y rancherías, ante muchas que ante pocas personas. No satisfecho con el apostolado de la palabra, redactó, publicó y difundió compendios sintéticos de doctrina cristiana o pequeños catecismos populares, adecuados a la comprensión de los fieles.
- Siempre estaba buscando vocaciones sacerdotales y casi no había parroquia en que no las encontrara. Su ilusión era poder enviar sacerdotes a las diócesis más necesitadas del país.

Mons. Rafael Guízar y Valencia: su testimonio

- Durante la misión, él lo hacía todo, ayudándose sólo de los sacerdotes para las confesiones. Se sentía movido por el celo del buen pastor que cuida personalmente a sus ovejas. Antes de llegar al lugar, enviaba invitaciones personales o circulares a los habitantes para que asistieran a la misión. Pedía también, por anticipado, oraciones y sacrificios a las religiosas de la zona.
- Una vez en el lugar, hacía de la iglesia el centro de su misión. Por las mañanas, celebraba la Eucaristía, preparando a los fieles para la Comunión y ayudándoles a dar gracias a Dios después de recibirla, y se preocupaba por que cada fiel lucrara una indulgencia plenaria a favor de los difuntos; a la santa Misa seguían las confirmaciones y la catequesis para los niños, en la que no faltaban los cantos marianos y los premios para los más avanzados, desde estampas hasta gallinitas coloreadas y corderitos. Por las tardes, continuaban las confirmaciones y la enseñanza del catecismo a los niños hasta la hora del santo Rosario (las siete y media de la tarde).

Mons. Rafael Guízar y Valencia: su testimonio

- Después del rezo público y comunitario del santo Rosario, llegaba el turno de las predicaciones para hombres y para mujeres, que desembocaban en las confesiones, extendidas a lo largo de la noche cuanto fuera necesario.
- Muchas veces pasaba las noches íntegras confesando, y del confesionario se iba a celebrar la Santa Misa y continuaba el programa de sus misiones.
- En las misiones, las dificultades le daban más ánimo y entusiasmo para proseguirlas, pues veía el interés que tenía el demonio en desanimarlo. En todas sus empresas esperaba siempre en el Cielo y así el éxito de sus misiones fue copiosísimo.
- No faltan testimonios de intervenciones providenciales durante algunas misiones. Por ejemplo, en 1924, el maestro de Maltrata, de acuerdo con el alcalde, no permitía que los niños abandonaran la escuela para ir a la catequesis del Obispo; sin embargo, a la hora conveniente, se derrumbó la escuela misteriosamente, quedando todos los niños en libertad.

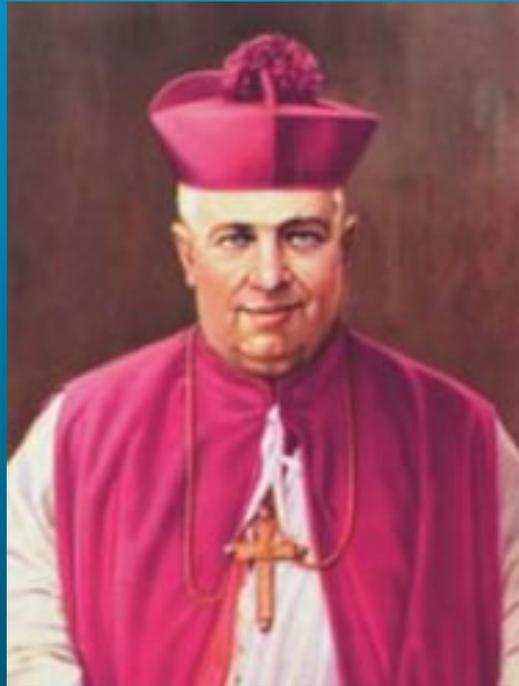
Mons. Rafael Guízar y Valencia: su testimonio

- Este Obispo misionero nutría una íntima devoción por Santa Teresita del Niño Jesús. Concebía y vivía el episcopado como ministerio esencialmente misionero; es decir, dirigido a la santificación de los fieles.
- Poco antes de morir, escribió al arzobispo de la Ciudad de México, Luis María Martínez: *“Mi persona, mi vida y todo lo que soy, no me preocupa en nada, porque sé que cuento con un Dios de infinita bondad, a quien estoy unido de la manera más íntima, desde hace mucho tiempo... Mas mi diócesis, sí me preocupa mucho, porque tiene un culto extraordinario que me ha llenado de asombro, durante los cinco meses que Dios me permitió hacer la visita pastoral, en esta última época; por lo cual, si el Obispo no trabaja con tesón para sostener esta obra colosal, puede menguarse el fruto en gran parte, lo que sería sumamente deplorable”*.
- Su enfermedad no le excusará de seguir ideando modos de velar por el bien espiritual de su grey, aún cuando haya de hacerlo a distancia desde un cuartito de la Ciudad de México.

Mons. Rafael Guízar y Valencia: su testimonio

- Durante sus últimos cinco meses de vida, aquejado de una penosa flebitis, desde su cuarto en la Ciudad de México, el Sr. Guízar continuó atento a la marcha de las misiones en su diócesis.
- Diez días antes de morir, el 27 de mayo de 1938, escribía feliz a su fiel colaborador, el canónigo Justino de la Mora: “Doy gracias a Dios y he sentido el consuelo inexplicable por todos los frutos que Dios les concedió en las santas misiones”. Y, todavía el 2 de junio siguiente, a cuatro días de su partida de este mundo, escribe con una letra muy aplanada y estirada, otra carta; la última que se conoce y que da prueba de su interés por las misiones.

Beato Monseñor Rafael Guízar y Valencia



Los misioneros se esfuerzan por imitar a San Pablo, particularmente, su amor apasionado a Jesucristo, su fidelidad a la Iglesia y su celo incontenible por la salvación de las almas.